

[Imprimir Página Web](#)

Perejil: Dos tantos para Marruecos, dos lecciones para España

Ignacio Cembrero

ARI Nº 36-2002 - 28.7.2002

Horas después de la intervención militar española en el islote de Perejil, el 17 de julio, el "wali" (gobernador) de Tetuán, Mohamed Gharrabi, recibía a la prensa en su ciudad y revelaba, con todo lujo de detalles, que fue él quién una semana antes había dado la orden a un puñado de "mojaznis", una fuerza del Ministerio del Interior, de instalarse en la isla. "Fue una mera medida de seguridad adoptada a nivel local y en el marco de la movilización de los servicios de seguridad locales para luchar contra la emigración clandestina y el tráfico de droga", declaró el alto funcionario, según la agencia de prensa oficial MAP. Sólo le faltó decir al "wali" que su iniciativa no fue consultada con Rabat.

Gharrabi intentaba, así, acreditar la tesis, defendida desde el viernes 12 de julio por las autoridades marroquíes, de que lo sucedido en Perejil era una mera operación rutinaria de vigilancia. Varios intelectuales y periodistas independientes marroquíes han puesto, sin embargo, en tela de juicio la explicación del gobernador. Recuerdan, por ejemplo, que, en otras operaciones similares, las fuerzas de seguridad marroquíes no izaron la bandera, algo que sí hicieron en el islote. En el Ministerio de Defensa español se asegura que la dotación que fue enviada a Perejil no estaba equipada para llevar a cabo una labor de vigilancia.

Si la versión oficial marroquí resulta difícilmente creíble, ¿cuáles fueron las motivaciones que incitaron a Rabat a destacar a sus hombres en la isla? Tras la confusión de los primeros días sobre sus intenciones, parece claro, dos semanas después, que Marruecos ha querido dar una vuelta de tuerca a la crisis con España para intentar forzar a su vecino a solucionar la mediante un diálogo que abarque todos los litigios.

La crisis diplomática fue desencadenada por el presidente José María Aznar, cuando, a finales de abril de 2001, advirtió a Rabat de las "consecuencias" que tendría el reciente fracaso de la negociación pesquera entre la Unión Europea y Rabat. La agravó el rey Mohamed VI llamando a consultas, seis meses después, a su embajador en Madrid, Abdesalam Baraka.

A lo largo de estos nueve últimos meses, las autoridades marroquíes, empezando por el ministro de Asuntos Exteriores, Mohamed Benaissa, han insistido en la necesidad de abrir un diálogo sobre los contenciosos bilaterales y, cuando diese sus frutos, el embajador volvería a Madrid. La respuesta del presidente Aznar consistía en mostrarse dispuesto a ese diálogo pero en poner una condición previa: que Baraka se hiciese de antemano cargo de la representación diplomática.

Los litigios de los que los marroquíes quieren discutir son múltiples. Algunos tienen envidia, como la postura española sobre el Sahara Occidental o la cooperación en la lucha contra la emigración ilegal, y otros, como las concesiones de prospección petrolera a Repsol en aguas cercanas a Lanzarote y Fuerteventura, no estarían sobre el tapete de no haber sido por el deseo de Rabat, a lo largo de los últimos nueve meses, de encontrar nuevos motivos de agravio por parte de España.

La instalación de un puñado de "mojaznis" en Perejil ha permitido a Marruecos alcanzar al menos uno de sus objetivos: establecer una negociación con España sin tener que reenviar previamente a su embajador a Madrid. La negociación empezará en septiembre, en Madrid, según acordaron el 22 de julio Benaissa y su homóloga española, Ana Palacio.

Promete ser difícil. Para el Gobierno español la prioridad será, y así lo ha dado a entender la ministra, la vuelta de los embajadores. El Ejecutivo español también llamó a consultas al suyo en Rabat, Fernando Arias-Salgado, el 16 de julio, horas antes del inicio de la intervención militar en Perejil. Para Marruecos, en cambio, es necesario, primero, allanar las diferencias para, después, normalizar la relación diplomática. "Por tanto, las dos capitales parecen tener la voluntad de yugular la crisis", pero "sus enfoques respectivos sobre el contenido de la negociación son divergentes, lo que nos anuncia un verano caliente", escribía el 25 de julio "Al Ittihad Al Ichtiraki", el diario del que es director el primer ministro, el socialista Abderramán Yussufi.

Rabat ha conseguido, además, recordar en varias instancias internacionales, y a los ojos de la prensa internacional, la subsistencia de "residuos del colonialismo español", es decir la situación de Ceuta y Melilla y de los islotes de soberanía española a lo largo de su costa septentrional. "Primera victoria, Marruecos acaba de reabrir, con escasos esfuerzos, el asunto de los enclaves ocupados de Ceuta y Melilla (.)", señalaba el diario "Le Matin", considerado como cercano al palacio real. El periódico sostenía que los editoriales y analistas internacionales resaltaban ahora que España es "un país europeo que no ha acabado su proceso de descolonización y que pretende ser el gendarme del Estrecho". Una parte de la prensa europea, especialmente la británica, se ha hecho eco de esta idea.

Desde que se reactivaron las conversaciones entre Londres y Madrid sobre Gibraltar, la prensa marroquí ha denunciado la doble vara de medir de su vecino del Norte, empeñado en descolonizar el Peñón, pero todavía no había aceptado la "célula de reflexión" propuesta, a finales de los años ochenta, por el rey Hassán II para buscar juntos fórmulas no traumáticas para incorporar a Marruecos las dos ciudades autónomas y los islotes. Su iniciativa recibió la callada por respuesta.

El Gobierno español ha declarado su disposición a dialogar con Marruecos sobre cualquier litigio, excepto el de Ceuta y Melilla. Aunque se ha mostrado ambiguo, Marruecos da la impresión de estar dispuesto a aparcarse, por ahora, esa reivindicación. Así se lo manifestó, por ejemplo, Mohamed VI al secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez

Zapatero, cuando le recibió, en diciembre de 2001, en Rabat. El episodio de Perejil, y el desalojo de los elementos armados marroquíes, ha despertado, sin embargo, del letargo la reivindicación en Marruecos sobre las dos ciudades autónomas españolas. Si Marruecos ahonda su zigzagueante transición democrática, su opinión pública acabará teniendo más peso y aumentará la presión para que las autoridades reclamen los enclaves españoles.

Si Marruecos ha marcado dos puntos, logrando abrir la negociación con España sin condiciones previas y desempolvando a los ojos de la opinión pública internacional el "anacronismo colonial" que suponen las ciudades autónomas, eso no significa que la operación Perejil haya sido todo un éxito. Una parte de la opinión marroquí ha vivido la expulsión de sus "mojznis", el izado de la bandera española y las imágenes de sus prisioneros entregados en la frontera de Ceuta, como una auténtica

humillación. Prueba de esta sensación de afrenta es que varios medios de comunicación rehusaron, por motivos de dignidad nacional, publicar las fotografías de esos hombres con el gesto ensombrecido, en manos de la Guardia Civil, que el Ministerio de Defensa y el instituto armado permitieron retratar. ¿Qué ganaban con ello excepto resaltar su victoria militar y zaherir más al adversario?

Algunos intelectuales marroquíes recuerdan, incluso, que, si se echa una mirada superficial a la historia, Mohamed V, el abuelo del actual rey, logró la independencia del país; Hassán II consiguió duplicar su tamaño, incorporando el Sahara español; y, en cambio, en vísperas del tercer aniversario de su entronización y justo después de su boda, Mohamed VI ha perdido un islote.

La negativa de la ministra Palacio a empezar a discutir de los temas de fondo, ciñéndose a la aprobación del acuerdo sobre Perejil, en su reunión con Benaissa, ha sido también interpretada como un pequeño revés para Marruecos. El semanario marroquí "Demain" representaba, en una caricatura, a Benaissa magullado en la puerta de una sala de negociaciones por la que salía una Ana Palacio airosa. "Quería hablar de 'statu quo' y he acabado con un 'statu KO', afirma Benaissa en su 'bocadillo'".

Más allá de explicar, a través de la prensa oficialista, que han logrado, por fin, sentar a España en la mesa de negociaciones, las autoridades marroquíes han aclarado también a su opinión pública que, frente al uso de la fuerza por España, han optado por la vía diplomática para superar el conflicto de Perejil porque la razón les asiste y el rey es un hombre de paz. El imam de la mezquita Mohamed V de Tánger, en la que el soberano asistió el 26 de julio a la oración del viernes, resaltó en su prédica la "sabiduría" de Mohamed VI "en su enfoque de las cuestiones de soberanía (.) que extrae su fuerza en los preceptos del Islam y que es una opción de civilización que consolida los ideales de paz, fraternidad y tolerancia".

La paz tendrá, no obstante, que dar réditos a Marruecos y a su rey a lo largo de la discusión que se abrirá en septiembre en Madrid con el Gobierno español. De lo contrario, la opción elegida por Mohamed VI resultaría ser equivocada. Para demostrar que no lo ha sido, Rabat tendría entonces que tomar otra iniciativa que pusiera a España en aprietos.

Para España, la primera lección -ya evidente desde hace más de un año- de lo sucedido en Perejil es que el llamado "colchón de intereses" no ha funcionado. Puesta en práctica desde hace más de una década por los sucesivos gobiernos españoles, y plasmada en el tratado de amistad, cooperación y buena vecindad, suscrito con Marruecos en 1991, la teoría del "colchón de intereses" sostenía que, gracias a la inversión y a la cooperación española con su vecino del Sur, la imbricación entre ambos países iba a ser tan intensa que Rabat ya no daría sorpresas desagradables a España, como lo hizo a mediados de los setenta.

Con su intervención en Perejil, Marruecos no ha dudado en perjudicar sus intereses económicos. Pese a que en 1999, año récord, la inversión española al Sur del Estrecho sólo representó el 0,3% de los flujos de capitales que salían de la Península, España es el segundo inversor extranjero en Marruecos después de Francia. A corto y medio plazo, el episodio del islote desalentará aún más la ya de por sí escasa inversión española. Además, desde el 11 de julio se han registrado cancelaciones de viajes turísticos a Marruecos. Después de los franceses, los españoles constituyen la segunda clientela turística del reino alauí. Antes del incidente de Perejil, los ingresos por turismo ya habían disminuido en Marruecos un 30%, según l'Office des Changes.

La segunda lección es la imprevisibilidad de las autoridades marroquíes en su conducta hacia España a causa, en buena medida, del mecanismo de toma de decisiones, más opaco aún que el existente en tiempos de Hassán II y su fiel ministro del Interior, Driss Basri. La llamada a consultas del embajador Baraka fue ordenada por Mohamed VI, profundamente irritado tras ser puesto al día, por personas de su confianza, de las "tropelías" cometidas por el Gobierno español contra Marruecos, en Naciones Unidas, o permitiendo la celebración de un pseudo referéndum en Andalucía, incluida en la sede del Parlamento autonómico, sobre la independencia del Sahara. La nota verbal anunciando la marcha de Baraka, remitida por la Embajada marroquí en Madrid al Ministerio de Asuntos Exteriores, no explicaba los motivos de la llamada a consultas, algo insólito en los hábitos diplomáticos.

Más inesperado aún que la retirada del embajador fue el envío de los "mojznis" a Perejil. La víspera, Benaissa había elogiado en la Cámara de Representantes (Parlamento) la colaboración de las autoridades españolas en la llamada operación tránsito, que en España se llama Operación Paso del Estrecho, y que permite a cerca de dos millones de inmigrantes marroquíes en Europa cruzar la Península para pasar las vacaciones veraniegas en su país. Cuarenta y ocho horas antes, el mismo Benaissa subrayaba también, satisfecho, ante la prensa: "Los españoles han empezado a tomar conciencia de las reivindicaciones de Marruecos".

No está claro si Benaissa estaba informado de la inminente instalación en Perejil de un destacamento marroquí, pero sus más íntimos colaboradores en el ministerio la ignoraban, a pesar de que iban a tener que lidiar con la vertiente diplomática de la agudización de la crisis. También la desconocía gran parte del Gobierno, incluidos los ministros llamados de "soberanía" porque los nombra el rey y a él le rinden cuentas. El "número dos" de los socialistas marroquíes y titular de la cartera de Fomento, Mohamed el Yazghi, se quejó en el Consejo de Ministros extraordinario, que presidió el rey tras la intervención militar española, de no haber sido informado del desembarco en Perejil, según reveló el semanario "Demain".

Decisiones del calibre de la de Perejil se adoptan en un círculo muy reducido de cortesanos en el que, a juzgar por lo que dan a entender algunos semanarios marroquíes, los servicios secretos juegan un papel relevante. "Marruecos", editorializaba el jueves 25 de julio el semanario independiente "As Sahifa Al Usbuiya", "necesita un servicio de inteligencia fuerte, al servicio de la nación, de los ciudadanos y que participe eficazmente en la estabilidad del país, y no un servicio que trabaje por cuenta propia, capaz de imponer hechos consumados y tomar unilateralmente decisiones políticas".

En ese círculo íntimo de amigos y colaboradores del rey, todos conocen relativamente bien a Francia y sus gobernantes, pero no sucede lo mismo con España. Nadie parece poder anticipar las reacciones de su Gobierno. Pese a que "enseñó sus músculos" a lo largo de la costa norte de Marruecos, el entorno del monarca no creía que el Ejecutivo de Aznar recurriría a la fuerza para clavar en la roca de Perejil la bandera rojigualda. Declaraciones públicas del ministro-portavoz, Mohamed Achaari, y comentarios privados de otros responsables así lo atestiguan. Numerosos ejemplos ilustran el desconocimiento de España que tienen los grandes cortesanos. Acaso la anécdota más ilustrativa de esa ignorancia sea la decisión, tomada a finales de abril, por Mohamed VI tras escuchar al jefe del Gobierno advertirle de las "consecuencias" de la ruptura de la negociación pesquera. El monarca alauí envió entonces inmediatamente a Madrid a sus ministro Benaissa y Ahmed Midoui, a la sazón titular de la cartera de Interior. Quería garantías de que las autoridades españolas no entorpecerían la Operación Paso del Estrecho.

Temía que Aznar retuviese a los inmigrantes en España y sólo les dejase

cruzar con cuentagotas el Estrecho de Gibraltar. En ningún responsable afloró jamás tal idea.

Mientras las elites de Rabat tengan, ante todo, ojos para Francia y sigan viviendo de espaldas a la rápida modernización de su vecino del Norte, y mientras el Gobierno de España permita que se hiera la sensibilidad de su vecino del Sur, facilitando la difusión de fotografías de sus prisioneros, el diálogo, si por fin se entabla, será tortuoso.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

Subir ▲